

Pio IX y el obispo de Angers.

La mayor parte de los obispos franceses han ido a Roma, y los que han tenido algun impedimento no han dejado de dar sus excusas al Soberano Pontífice: se sabe que Mr. Angebault, obispo de Angers, ha querido, a pesar de su avanzada edad (tenia en Junio setenta y siete años), ir a Roma para celebrar el Centenario de San Pedro. El Soberano Pontífice se ha conmovido sobremanera por este supremo esfuerzo y le ha dado señales de una gran benevolencia. Al verlo, refiere la *Semana Religiosa de Angers*, Pio IX exclamó: «*Eccolo, il becchio!* Hé aquí al anciano. * Y lo abrazó. Su Santidad ha concedido una bendicion especial al cabildo, al clero y a todas las personas cuyas ofrendas le presentó Mr. Angebault.

* Comme sta il vecchio: ¿cómo está el anciano, pregunta frecuentemente a los argevinos que tienen el honor de serle presentados.

CAPITULO QUINTO.

EL OBOLO DE SAN PEDRO EN 1867.

A pesar de las inundaciones, los temblores de tierra, las crisis comerciales, las malas cosechas y las muchas obras que reclaman el auxilio de los fieles, * el Óbolo de San Pedro continúa provocando la generosidad de los verdaderos hijos de la Iglesia. Se ha dicho lo bastante sobre esta interesante Asociacion. Ved aquí, sin embargo, algunas tiernas palabras del venerable obispo de Angers:

«Si aun tomamos ahora la palabra en su favor, no se trata solamente de la pobreza personal de Pio IX. Nada hay

* Ved aquí como Mr. el Obispo de Angers resume en algunas palabras las obras por las que se interesan sus diocesanos:

«Y por qué nos hemos de quejar cuando somos todos los dias testigos de vuestra generosidad? ¿Por ventura no todo lo que hay aquí habla de vuestra fe y de vuestros beneficios? Ellos son conocidos en todo el mundo: *Fides vestra annuntiat in universo mundo.* Vuestra caridad ha sido bendecida, hace muy pocos años, en las playas de la Siria y en las montañas del Líbano; ha sido bendecida en las vastas comarcas de la China, donde millones de huérfanos han aprendido a conocer y amar a Dios, aprendiendo tambien a conocer y amar a sus bienhechores; ha sido bendecida en la península de la India, adonde ha enviado a uno de sus hijos el apóstol de Mayssour; ha sido bendecida en las islas de la Oceanía por los celosos é infatigables misioneros salidos de esta diócesis para llevar el Evangelio y extender allí el reino de Jesucristo; ha sido bendecida en la Africa, en Asia, en América, donde nuestra congregacion del Buen Pastor mandó sus santas hijas para extender la enseñanza católica y desafiar los furores del cólera; ella ha sido bendecida en fin, y sobre todo, en las riberas del Tíber, sobre la roca inmóvil del Vaticano y del Quirinal, en donde el ángel del mundo católico está arrodillado, levantando hácia el cielo sus manos suplicantes, y de lo alto de la gran tribuna de San Pedro derrama sus bendiciones.»

Un venerable cura adicto al Santo Padre.

Se leía últimamente en la *Revue catholique de Troyes*:

« Un venerable cura de esta ciudad, nos escriben, ha llegado hace poco a su quincuagésimo año de presbiterado, y no há mucho en una reunion distinguida y numerosa se le comprometia a que festejara, como es costumbre, esta fecha interesante de su vida sacerdotal. El buen cura parecia no oír, y no decia nada, esperando que la conversacion tomara muy pronto otro giro, y no tardarian en dejarlo en paz; pero las sollicitaciones fueron cada vez mas urgentes, y al fin le fué preciso responder, a riesgo de turbar tal vez con sus palabras de tristeza aquella fiesta de familia, en la que él tenia un papel tan principal. ¡Ah! señores, exclamó, no pudiendo contenerse más, vosotros quereis que me regocije y que invite a mis hermanos a participar de mi gozo, cuando nuestro Padre, el magnánimo Pio IX está sobre la cruz, cuando lleno de amarguras y sumergido en la angustia, implora la caridad de sus hijos. ¡Oh! no, no lo esperéis de mí: permitidme mas bien que me esfuerce en responder a la voz que nos llama, y que por una filial limosna asegure a la debilidad de mis últimos dias las bendiciones de que tanto necesito.» Todos los asistentes aplaudieron, y el buen cura, dichoso con ver sus sentimientos tan bien comprendidos y tan vivamente secundados, prometió dar 600 fs. a la caja del Óbolo de San Pedro. Por lo demás, su cincuentena no será ménos solemne, y la fiesta religiosa, la única importante despues de todo, no faltará. El señor cura dirá una misa, a la que serán invitados particularmente los pobres de su parroquia, y cuyo dia no tardará en fijarse.»

—La *Revue catholique* de Troyes, en su número 11 de Noviembre, añade:

« El lunes último, en San Urbano, el señor abad Bourcelot, cura de esta parroquia, celebraba el jubileo semi-secular de su sacerdocio. A las diez, una asistencia numero-

sa de sacerdotes y de fieles se encontraba reunida bajo las bóvedas de la antigua colegiata, y el señor abad Bourcelot comenzó la misa mayor, en la que todas las funciones, así del coro como del santo altar eran desempeñadas únicamente por sacerdotes. Otros muchos eclesiásticos distinguidos ocupaban la sillería del coro. El R. P. Gruel predicó, y en su sermón mostró lo que ofrece de grande y de sublime una série de cincuenta años pasados dignamente por un hombre en el sacerdocio de Jesucristo. ¡Cincuenta años de sacerdocio! ¿No es esto una porcion considerable en el intervalo de diez y ocho siglos y medio que cuenta solamente de duracion la Iglesia? El reverendo padre se esforzó al concluir en hacer resaltar el carácter particular de la fiesta que se celebraba, y la edificacion que en ella se añadia por el donativo hecho a Pio IX por el venerable cura con motivo de un aniversario tan memorable. Despues de la misa se cantó el *Te Deum*, en medio de un depósito solemne, en el que la brillante iluminacion, unida a las otras decoraciones de la iglesia, daba a esta pompa religiosa el esplendor de una gran solemnidad. No habia allí que lamentar más que la ausencia de Monseñor: compromisos contraídos con anterioridad debian alejar de Troyes al prelado, que habiendo venido el domingo a San Urbano para la fiesta de las señoras de la Sociedad de San Matías, habia manifestado públicamente el sentimiento que tenia por no poder asistir a la ceremonia del dia siguiente. Su Señoría ha dicho cuán feliz será al enviar al Santo Padre la bella ofrenda puesta desde hace algunos dias en sus manos por el señor cura, y con hacer saber a Su Santidad el amor y adhesion que encierra este acto de una piedad filial que no ha querido contar ni aun con las necesidades mas legítimas. Estas palabras han sido recibidas por el auditorio con la mas viva satisfaccion, y una limosna distribuida en la tarde de la fiesta a las Pequeñas Hermanas, a la Obra de la Misericordia, y a los pobres de la parroquia, ha coronado dignamente para el Buen Pastor este dia de gracias y bendiciones.»

Las ofrendas de los pobres.

Se lee en la *Semaine Catholique* de Rodaz:

«Hace poco tiempo, un propietario de la diócesis de Rodaz, de una mediana fortuna, ha dado al morir, 2,000 fr. para el Óbolo de San Pedro.

«Hé aquí el extracto de una carta dirigida por un venerable cura al señor secretario general del obispado de Rodaz: «Encontraréis aquí incluidos dos billetes de banco de 100 fr. cada uno; además, os daré cuenta de 210 fr. Dos jóvenes obreros han reunido esta suma de 210 fr. céntimo por céntimo, imponiéndose diariamente algunas privaciones. Profundamente conmovidos por las persecuciones que no cesan de suscitar a Nuestro Santo Padre el Papa, le envían esta pequeña suma para auxiliarlo en su triste posición en cuanto lo permitan sus facultades.»

«Una sirvienta de Rodaz ha dado la semana pasada, 100 fr. para el Óbolo de San Pedro.»

Sacrificios admirables.

Se lee en la *Semaine de Toulouse*:

«Varios obreros jóvenes de nuestra ciudad tienen la costumbre de reunirse cada año, para regocijarse inocentemente, durante algunas horas, alrededor de una *torta del rey*, y ya han concertado entre sí el sacrificio de esta alegre fiesta, con el doble pensamiento de asociarse a los presentes dolores de la Iglesia, y de sacar con sus privaciones, un pequeño aguinaldo para ofrecerlo al Pontífice-Rey.

— «Nosotros mismos hemos recibido hace poco tiempo, la visita de una sirvienta anciana y pobre que nos era desconocida, y que por una simple lectura de la *Semana Católica*, ve-

nia a suplicarnos que trasmitiésemos en su nombre una suscripción al empréstito pontificio. Todas las observaciones que creímos prudentemente hacerle sobre la magnitud de su proyecto no pudieron hacer que cambiara su resolución. Ella dió cerca de *mil francos*, esto es, todo el ahorro de una larga y penosa vida. ¡Cuán consolador es saber que existen aún tan grandes almas en medio de nosotros! ¡pero también qué acusación tan terrible para tantos cristianos tibios, aquí y en el tribunal de Dios!

Economías ofrecidas al Papa.

Se lee en la *Union*:

«Se nos ha referido un hecho muy tierno que acaba de pasar en Quimper. Un doméstico y una persona cuya posición es más modesta aún, han suscrito al empréstito pontificio una suma de 1,980 francos. Esta suma representa la totalidad de las economías realizadas durante algunos años de buenos y leales servicios.

«En vano se ha hecho observar a estas personas, que en las dolorosas circunstancias que atravesamos, la revolución puede de un momento a otro consumir sus atentados contra la augusta persona del Soberano Pontífice y destruir su soberanía temporal, corriendo el riesgo de ser aniquilada su pequeña fortuna... Estas esforzadas gentes no tienen más que una inquietud... el temor de que su dinero no llegue al Santo Padre. «Por lo demás, dicen ellas, esperamos en Dios y en su Divina Providencia, que proveerá a las necesidades de nuestra ancianidad.» Hé aquí el hecho en su sublime simplicidad.»

Bellos ejemplos.

Se nos escribe de la casa de las Ursulinas de Avranches, con fecha de 20 de Mayo de 1867:

«Permitidme, mi Reverendo Padre, para regocijar vuestro corazón tan adicto al Soberano Pontífice, el que os diga que nuestras hijas acaban de hacer una rifa para el Óbolo de San Pedro. La cifra se ha elevado a 300 francos: ¡oh! y con cuántos trabajos han podido reunir nuestras niñas esta suma: como siempre, la ofrenda del pobre ha sido su mas grande auxilio: ¡cuántas mujeres faltas de todo, han dado 10 céntimos, diciendo: ¡yo me la pasaré sin comer ahora para dar esto a nuestro Santo Padre! Un jóven doméstico, apoyo de su familia, y no teniendo por esta razon mas que una fortuna de 30 céntimos, ha dado 20 francos, excusándose por guardar el resto. ¡Qué ejemplos!

«Ste. M. . . . R. Ursulina.»

—En Ruan, un buen anciano de las Pequeñas Hermanas de los Pobres, encargado de las comisiones de la casa, recibia desde hace algun tiempo de la superiora, como recompensa, las cortas sumas de cinco ó diez céntimos. El dia de la Anunciacion, el pobre anciano fué al encuentro del sacerdote que venia a officiar y le dió una pieza de 5 francos *para la propagacion de la Fe*. El sacerdote, conmovido por un paso semejante, rehusó esta cuota como excesiva. El hombre insistió y rogó al ministro de Jesucristo que dijese una misa por su mujer difunta, y guardase el resto de los honorarios para la propagacion de la Fe. El padre apartó sus honorarios, y lo de la propagacion de la Fe, y volvió al caritativo huésped de las Pequeñas Hermanas una pieza de 2 francos. «Gracias, Señor abad, gracias, exclamó nuestro buen viejo; tomad estos 2 francos para nuestro Santo Padre el Papa.»

¡Oh! ¡quién podrá decir los rasgos de este género que quedan ocultos! Mas ¡cuán bello es que algunas indiscreciones los descubran, a fin de que sirvan de leccion y estímulo para los otros!

A beneficio del Santo Padre.

En el mes de Mayo la *Semaine religieuse de Sens*, señala una generosidad admirable:

«Una persona que habita en la pequeña poblacion de S*** acaba de vender una casa en 2,000 francos, más que el capital representado por el alquiler que sacaba de ella. La ocasion le pareció excelente para hacer una ofrenda al Óbolo de San Pedro. La obra se aprovechó de toda la diferencia; los 2,000 francos fueron remitidos al cura de la parroquia, quien se apresuró en hacerlos llegar al Santo Padre.»

Dos cristianas generosas.

Desde 1859 ó 1860 dos señoras se presentan regularmente, cada año, en casa de un prelado que se sabe tiene relaciones directas con Roma. Su porte es sencillo, su exterior más que modesto: nada puede manifestar quiénes sean. «Monseñor, se contentan ellas con decir al prelado, os traemos nuestra ofrenda para el Óbolo de San Pedro.» Al mismo tiempo sacan de una gran bolsa ó de una cartera, algunas monedas y billetes de banco y los depositan sin decir palabra sobre la mesa de Monseñor; despues saludan respetuosamente al prelado y se retiran. La ofrenda que dejan es ordinariamente de 15 a 20,000 francos. Varias veces Mr.*** ha querido entablar conversacion con ellas y preguntarles bajo

más modesto y mas simple que la existencia privada del piadoso Pontífice. Lo que el gran San Pablo decia en otro tiempo de sí mismo, el Santo Padre está pronto a decirlo como él: el pan de cada dia y un vestido para cubrirnos es suficiente para nosotros: *Alimenta et quibus tegamur, his contenti sumus*. Lo que sucede a la letra; y si pudiésemos descender a pormenores, nosotros sabemos y diríamos cuál es la frugalidad de su mesa, cuál es la simplicidad de este aposento en donde su cabeza cargada de negocios, trata de encontrar reposo. Pio IX no tendria necesidad de ningun esfuerzo para pensar y repetir con el Apóstol de las naciones: «Yo sé llevar la humillacion, y sufrir la afliccion, así como estar en la abundancia; sé sufrir el hambre, así como estar saciado: *Scio humiliari et abundare et esurire et penuriam pati*, y tambien añade: *omnia possum in eo qui me confortat*. Discípulo de un Dios paciente y humillado, todo lo puedo con la gracia de Aquel que me fortifica.»

«Así podemos deciros, nuestros muy amados hermanos, con uno de nuestros venerables colegas: «No es por él, si no por nosotros por lo que Pio IX necesita recursos.»

«Debemos hacer notar, dice Mr. Pie, que nunca ha tenido mas necesidad el dinero que hoy de ser lavado de sus manchas y purificado de sus excesos. ¿No es en verdad una gracia la que se nos ofrece en esta ocasion para hacerlo servir a la causa de Dios y de su Cristo, a la causa de la verdad, de la virtud, de la justicia y del derecho; esta moneda que puede tan legitimamente ser llamada «la riqueza de iniquidad,» puesto que, cuando ella no es el fruto, generalmente se le hace servir como instrumento?» *

* Se leerán con interes las siguientes líneas tomadas de uno de los mas ilustres obispos de Francia, Mr. Pie:

«El producto total del Obolo de San Pedro representa cada año una suma de cerca de nueve millones. Si a nosotros los católicos nos puede parecer esta suma corta, los enemigos de la Iglesia no tienen el derecho de pensarlo ni de decirlo. ¿Cuál otro poder, acá en la tierra, obtendria anualmente un don gratuito de esta impor-

Solo Dios que los inspira conoce los rasgos sublimes de desprendimiento y generosidad de que ha sido ocasion la bella obra del Óbolo de San Pedro.

Adhesion de los indios al Papa.

Mientras que otros ofrecen su sangre, nosotros podemos dar un poco de oro para la más santa de las causas. ¿Podremos mostrarnos ménos adictos a esta causa que los pobres indios?

Ved aquí lo que un misionero escribe de Maggué (Maysur) el 3 de Enero de 1867:

—«¿Y qué hace nuestro Santo Padre el Papa? ¿Y vosotros, europeos, qué haceis que no habeis aplacado la cólera de Dios con vuestras oraciones? Por acá nosotros oramos tambien, pero no nos atrevemos a decir la última palabra a nuestros indios; los escandalizariamos. Cuando se les habla de los enemigos del Santo Padre, preguntan si todavía hay muchos paganos en Europa. No creen que los cristianos puedan ultrajar de esta manera a Cristo, a su Iglesia y a sus sacerdotes. Muchos nos preguntan con admiracion: «¿Acaso ha muerto Napoleon para que los infieles amenacen al Papa?» Aquí, en mi pequeña aldea de cuatrocientos diez y seis habitantes, hubo un dia en el año, más de cien comuniones por el Papa. ¿Cuán feliz soy en hacer orar a estos pobres indios y alistarlos en batalla contra los orgullosos impíos de la Europa!»

tancia? Como tambien ¿qué otro poder se hubiera atrevido a proponer varios préstamos sucesivos bajo condiciones tan poco ventajosas al prestamista? «¿Qué venimos hoy a pedir, N. Q. H., y qué es necesario para poner vuestras liberalidades al nivel de las necesidades actuales de la Sede apostólica?»

Rasgos sublimes de generosidad.

La adhesión a Pio IX no disminuye. Los diarios insertan todos los días en sus columnas los rasgos más conmovedores. Ultimamente una familia de Orleans partía para Roma; cada uno se apresuraba a llevarle su ofrenda para el Papa, y aun los obreros venían a depositar unos 15 francos, 10 francos, otros ménos, todos querían llevar su ofrenda para el Óbolo de San Pedro.

Una jóven, que vivía en un paraje retirado, estaba triste por no tener una suma de dinero disponible para unirlo a esta remesa; algunas lágrimas silenciosas se escaparon de sus ojos. De repente su rostro se ilumina, el gozo sustituye a la tristeza: «Y yo, exclama ella, yo también tengo mi ofrenda para el Santo Padre!» Sale al instante y lleva los dos únicos recuerdos de la familia que le quedaban, los anillos de oro y la sortija de diamantes legados por su madre: ¡el deshacerse de estas cosas no era ya para ella un gran sacrificio!

Me complazco en señalar estos actos de generosidad, esta espontaneidad de las almas sencillas y piadosas, que siendo pobres son conmovidas en su fe y en su caridad por un infortunio más grande, más profundo que el suyo.

—El Santo Padre está profundamente conmovido por los testimonios de adhesión y generosidad que no cesan de llegarle de todos los puntos del mundo católico, y sobre todo, de la Francia.

Entre mil rasgos, citaremos los siguientes:

«Una pobre enferma de la diócesis de Tolosa, reducida a lo estrictamente necesario, estaba profundamente afligida por no poder llevar como los otros fieles su óbolo para el Papa: esta mujer pasó entonces una parte de las noches en tejer medias, y después las rifó a provecho del Papa. ¡Cuán industriosa es la caridad y poderosa la fe!»

—El Óbolo de San Pedro no perjudica a otras obras. Un médico de Tolosa, muy adicto al Papa, recibió un honorario de 600 francos por los cuidados que había tenido con buen éxito, con uno de sus enfermos, y dedicó toda esta suma para el establecimiento de los Jóvenes Ciegos. No hemos podido resistir al placer de señalar tal liberalidad. Ella ha sido acogida con tanto más reconocimiento, cuanto que el instituto de que hablamos, recibiendo todos los días nuevas personas, tiene una necesidad urgente de agrandarse, para cuyo objeto se organiza en este momento una suscripción.

La ofrenda de los pobres.

Las niñas confiadas a las religiosas del Buen Pastor de Sens han depositado en poder del arzobispo, a título de aguinaldo, para el Soberano Pontífice, la suma de 130 francos. Esto era el producto de algunas horas de recreo que han consagrado estos últimos meses a trabajar por el Papa.

—«Vais a Roma, decía últimamente una hija del pueblo, de la diócesis de Nántes, a un sacerdote que iba a partir a la Ciudad Eterna; aquí tenéis los ahorros de toda mi vida: tomadlos, ponedlos a los pies del Papa, y pedidle para mí su bendición.» Este sacerdote al ver una suma relativamente considerable, se creyó obligado a dirigirle algunas preguntas antes de aceptar su ofrenda:—«¿Qué edad tenéis?—Mas de cincuenta años.—¿Cuánto tiempo habéis necesitado para ahorrar esta suma?—Cerca de cuarenta, pues desde los doce ya ganaba mi pan. ¿En qué pensabais emplear esta suma antes de conocer las necesidades del Santo Padre?—La había destinado para vivir en mi ancianidad.—¿Y ahora de qué vivís?—De mi trabajo.—¿Y si caís enferma?—¡Ah! entonces. . . . *iré al hospital.*—Diciendo estas palabras desapareció, dejando su ofrenda en manos del sacerdote. El Santo

Padre, instruido de esta generosidad, se ha conmovido profundamente.

—Escriben de Auxerre a la *Semaine religieuse de Sens*:

«Algunas mujeres del asilo de mendigos de nuestra ciudad, que asistian a la misa mayor de nuestra parroquia, en San Eusebio, y que oyeron las tiernas exhortaciones con que el Señor Dean acompañaba la carta pastoral de Monseñor sobre el Óbolo de San Pedro, tomaron la resolución de dar también a lo ménos sus quince céntimos al bueno y pobre Santo Padre; la piadosa resolución se inspiró a las que no habian asistido a la misa y se comunicó también entre los hombres. ¿Pero quién es rico en el asilo de mendicidad? Los más sanos pueden por su trabajo ganar 10 cs. por día, los enfermos no ganan nada, y son los más. Algunas de las mujeres que ganan 10 cs. diarios, dan cada una a dos ó tres enfermas, los 15 céntimos exigidos por el reglamento. En fin, tuvo lugar la cuesta, y produjo 11 francos 70 céntimos.

—Se lee en la *Semaine religieuse d'Angers*:

«La parroquia de San Pedro de Saumur ha dado 1,200 fs. para el Óbolo de San Pedro.

«Dos personas han remitido para el mismo Óbolo títulos del empréstito pontificio.

«Se han ofrecido 550 fs. a nombre de la parroquia de Bécon para el Soberano Pontífice.

«La pequeña parroquia de Epire, que no cuenta más que con cuatrocientos habitantes, ha ofrecido para el Óbolo de San Pedro, la suma de 320 fs., gracias a una piadosa industria que nos apresuramos a contar. Hay una antigua costumbre entre las mujeres de esta localidad, de hilar para la conservación de la ropa de la iglesia. Este hilo, del peso de 6 kilogramos, se puso a remate, y encontró inmediatamente un postor que lo pagó a 25 fs., declarando desde luego que dedicaba su nueva propiedad a beneficio del Óbolo de San Pedro. Tuvieron lugar nuevas adjudicaciones, y

sucesivamente los 6 kilogramos de hilo fueron pujados a la cifra de 168 francos, que unidos a la cuesta hecha en la iglesia, han producido la suma de 320 francos. El gozo de las hiladoras ha sido grande, al ver que el fruto de su trabajo ha contribuido a aliviar las angustias del augusto Pio IX, y se proponen hilar más y con más ahinco.

El Óbolo de San Pedro en España, en Italia y en Bélgica.

Los donativos recibidos para ayudar a las necesidades de Nuestro Santo Padre Pio IX se han elevado en las Islas Canarias y de Tenerife, a la suma de 153,571 reales.

—Se lee en el *Observateur Romain*, Febrero de 1867:

«Hemos hablado ya de las ofrendas hechas al Santo Padre por los católicos belgas, ofrendas que provienen de suscripciones abiertas por la prensa católica para presentar aguiñaldos al Pastor universal de los fieles. Hé aquí la cifra de las sumas colectadas por estos diversos diarios:

El Bien público de Gante, 37,400; *La patria de Brujas*, 13,500; *El Diario de Courtrai*, 5,000; *El Diario de Ipres*, 11,200; *El Diario de Anvers*, 4,530; *La Gaceta de Lieja*, 32,600; *El Amigo del Orden de Namur*, 12,000; *La Voz de Luxemburgo*, 8,000; *El Henao (Mons)* 5,200; *El correo de Escalda (Tournai)*, 11,800; *La Union de Charleroi*, 7,100; *El Constitucional de Hasselt*, 3,000; *La Union de Dinant*, 600; *El Novelista de Verviers*, 2,000; *El Correo de Halle*, 1,500; *El Correo de Bruselas*, 90; *La Gaceta de Nivelles*, 200; *El Monitor de Lovaina*, 4,200; *La Dyle de Malinas*, 100,000; *El Diario de Bruselas*, 51,400. *Total*, 222,650 francos.

En esta suma no están comprendidos los diarios flamencos.